

La luz de la Reina

# Lumen Reginae

Reinado   
de María

N.48-ABRIL 2024

**Un Dios  
agradecido**  
ALMA MARIANA

**La salvación  
de un Rey**  
VICTORIAS  
DE MARÍA

**S. Vicente Ferrer**  
TESTIGOS DE  
LA INMACULADA

**“El mismo ángel que al principio le anunció el nacimiento de Cristo vino al fin a anunciarle su victoria: fue la primera a quien el Hijo mostró la luz de la Resurrección”.**

(Jorge de Nicomedia, siglo IX)



# Lumen Reginae

Revista oficial del  
Reinado de María.  
Número 48  
Abril 2024

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.

El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

*Ad Iesum per Mariam.*

P. Rodrigo Molina, inspirador  
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 [reinadodemaria.org/](http://reinadodemaria.org/)

 [facebook.com/Reinado-de-Maria](https://facebook.com/Reinado-de-Maria)

 [instagram.com/reinadodemaria](https://instagram.com/reinadodemaria)

 [youtube.com/c/ReinadodeMaria](https://youtube.com/c/ReinadodeMaria)

# SUMARIO

## 04

### EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN

«¡Dichosa tú que has creído!»



## 07

### ALMA MARIANA

Un Dios agradecido



## 08

### VICTORIAS DE MARÍA

La salvación de un Rey



## 10

### TESTIGOS DE LA INMACULADA

San Vicente Ferrer



## 12

### MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a vivir el Tercer mandamiento



## 14

### TOTUS TUUS SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

El apostolado es necesario



## 16

### REINADO DE CRISTO

«Destruid este templo y en tres días lo levantaré.  
Él hablaba del templo de su cuerpo»



## 18

### AL ENCUENTRO CON EL DIOS UNO Y TRINO

La gloria de la Trinidad en la resurrección



« ¡Alégrate!... »

EL QUE MERECESTE LLEVAR

EN TU SENO *ha resucitado* »

**M**aría vivía tan fundida con su Jesús cual no es posible decir ni pensar. Los dos no parecían sino uno mismo, porque el espíritu, el corazón, el alma y la vida toda de la Virgen estaba en armonía perfectísima con el espíritu, el corazón, el alma y la vida de su Divino Hijo. Su existencia era como una vibración pura y perfecta, serena y amorosa, de la vida misma de Jesús.



¿De dónde venía a María la fuente de aquella unión, de aquel amor? De su fe. Su fe permanece siempre firme e inquebrantable.

La Virgen no dejó en ningún momento de estar en perfecta unión con la Trinidad Beatísima. Toda la esperanza de la Resurrección de Jesús que quedaba sobre la tierra se había cobijado en su corazón.

*«No sale tan hermoso el lucero de la mañana –dice Fray Luis de Granada–, como resplandeció en los ojos de la Madre aquella cara llena de gracias y aquel espejo sin mancilla de la gloria divina. Ve el cuerpo del Hijo resucitado y glorioso, despedidas ya todas las fealdades pasadas, vuelta la gracia de aquellos ojos divinos y resucitada y acrecentada su primera hermosura.*

*Las aberturas de las llagas, que eran para la Madre como cuchillos de dolor, verlas hechas fuentes de amor... Al que tuvo muerto en sus brazos, verle ahora resucitado ante sus ojos; entonces, enmudecida de dolor, no sabía qué decir;*

*ahora, enmudecida de alegría, no puede hablar».*

Así lo recrea el P. Meschler:

*«La noche de Pascua no pudo la Madre de Dios dormir, por el gozo que le causaba la expectación de su Hijo resucitado.*

*Cuando he aquí que, pasada la medianoche, se oye y resuena un dulcísimo cantar de voces celestiales, y el aposento se inunda de claridad y resplandor; que deja eclipsada la luz de la lamparilla. El Señor estaba ya allí.*

*María miró desde su reclinatorio, y vio... vio a su Hijo, que venía hacia ella con todo el esplendor y magnificencia de su nueva vida, glorioso y amabilísimo.*

*Sí, Madre querida, Yo soy. He resucitado y vengo yo mismo a daros esta noticia. Alzóla del suelo y la abrazó con gran ternura; juntó su rostro divino con el de ella y la estrechó sobre su corazón, con mayor cariño que nunca.*

*Nadie experimentó con tal intensidad y plenitud, como ella, la alegría de la Pascua. Así le premió el Señor todo el amor y todo el sufrimiento amarguísimo que en su muerte había ella tolerado.*

*Así celebró María la Pascua, fiesta la más principal y solemne del Salvador y de la naciente cristiandad, con inexplicable gozo del corazón.*

*En medio de todo era su alegría una alegría modesta, humilde y callada, cual convenía a su persona; y con su dulcísima paz y tranquila satisfacción confirmaba a todos en la fe de que el Señor había realmente resucitado».*

Se cuenta que Santo Tomás de Aquino, cada año en esta fiesta, aconsejaba a sus oyentes que no dejaran de felicitar a la Virgen por la Resurrección de su Hijo. Es lo que hacemos nosotros al rezar el *Regina Coeli* que es una antífona mariana con la que saludamos a la Virgen durante el tiempo pascual.

# MARÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO

«¡Dichosa tú que has creído!» (Lc 1, 45)

«**B**endita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!... ¡Dichosa tú que has creído que se cumplirían las cosas que te ha dicho el Señor!» (Lc 1,42.45)

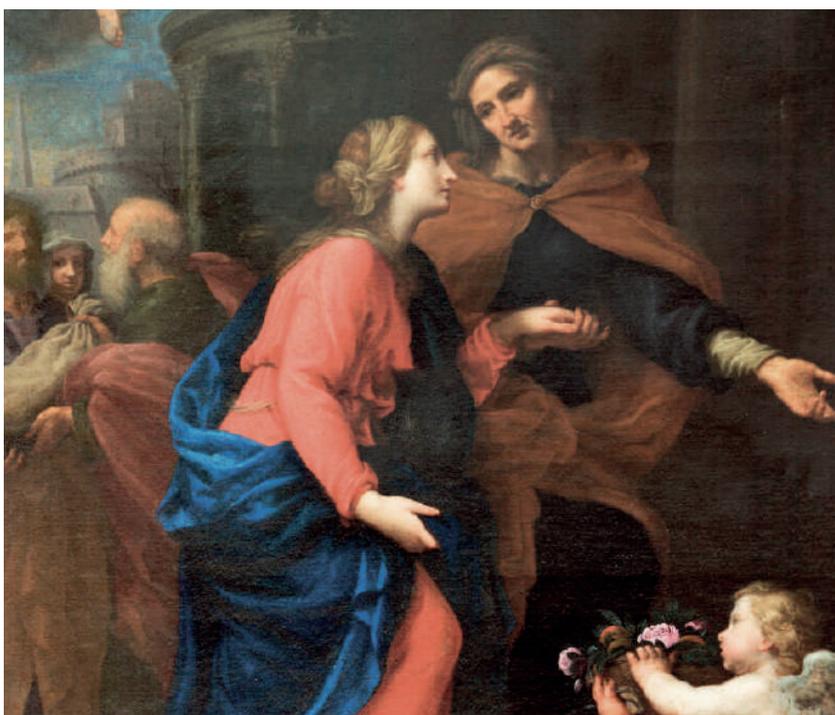
Aquella a quien acoge Isabel en su casa es la Virgen que «creyó» al anuncio del ángel y respondió con fe aceptando con valentía el proyecto de Dios para su vida y acogiendo de esta forma en sí misma la Palabra eterna del Altísimo. Como puso de relieve San Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris Mater*: «En la expresión “feliz la que ha creído” podemos encontrar como una clave que nos abre a

*la realidad íntima de María»* (n. 19). María «se confió a Dios sin reservas y se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor; a la persona y a la obra de su Hijo» (n. 13). Por ello Santa Isabel, al saludarla, exclama: «*Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá»* (Lc 1, 45).

María creyó verdaderamente que «para Dios nada hay imposible» (v. 37) y, firme en esta confianza, se dejó guiar por el Espíritu Santo en la obediencia diaria a sus designios. ¿Cómo no desear para nuestra vida el mismo abandono confiado? Pidamos a nuestra Madre que obtenga también para nosotros, de la divina Providencia, poder pronunciar cada día nuestro «sí» a los planes de Dios con la misma fe humilde y pura con la cual ella pronunció su «sí». Ella que, acogiendo en sí la Palabra de Dios, se abandonó a Él sin reservas, nos guíe a una respuesta cada vez más generosa e incondicional a sus proyectos, incluso cuando en ellos estamos llamados a abrazar la cruz.

San Lucas habla genéricamente de la «montaña» y de «una ciudad de Judea» (v. 39), que la tradición ha querido identificar con el placentero poblado de Ain Karim, que era en la práctica un suburbio de la actual Jerusalén.

El viaje de María fue un auténtico viaje misionero. Es un viaje que la lleva lejos de casa,



la impulsa al mundo, a lugares extraños a sus costumbres diarias; en cierto sentido, la hace llegar hasta confines inalcanzables para ella. Así nuestra existencia está proyectada hacia fuera de nosotros. Como ya había sucedido con Abraham, se nos pide salir de nosotros mismos, de nuestras seguridades, para ir hacia los demás, a lugares y ámbitos distintos. Es el Señor quien nos lo pide: *«Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra»* (Hch 1, 8). Y también es el Señor quien, en este camino, nos pone al lado a María como compañera de viaje y madre solícita.

Los Padres de la Iglesia se complacen en mencionar la caridad y el servicio que presta María en beneficio de su anciana pariente encinta. Isabel era de edad avanzada y la cercanía de María, todavía muy joven, podía serle útil. Isabel es símbolo de todas las personas que necesitan ayuda y amor. Y María —que se había definido *«la esclava del Señor»* (Lc 1, 38)— se hace esclava de los hombres. Más precisamente, sirve al Señor que encuentra en los hermanos.

Y la caridad de María no se limita a la ayuda concreta, sino que alcanza su culmen dando a Jesús mismo, *«haciendo que lo encuentren»*. Ella es Nuestra Señora del Encuentro con Dios. San Lucas lo subraya: *«En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno»* (Lc 1, 41). Este es el significado más verdadero y el objetivo más genuino de todo camino misionero: dar a los hombres el Evangelio vivo y personal, que es el propio Señor



Jesús. Y comunicar y dar a Jesús —como atestigua Isabel— llena el corazón de alegría: «*En cuanto llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno*» (Lc 1, 44). Jesús es el verdadero y único tesoro que nosotros tenemos para dar a la humanidad. De Él sienten profunda nostalgia los hombres de nuestro tiempo, incluso cuando parecen ignorarlo o rechazarlo.

Centrémonos ahora en el cántico de Santa Isabel, que es un himno coral de la comunidad cristiana de los orígenes, dirigido a María, Madre del Señor (v. 42) y Madre de los creyentes (v. 45), la «creyente» por excelencia.

El himno de Isabel es una «confesión de fe y una interpretación del acontecimiento salvífico y es igualmente un canto de alabanza»: Isabel quedó llena del Espíritu Santo. Y dijo alzando la voz... «Dichosa tú...»

La «bendición» es un género bien conocido en la Biblia. Su contenido puede moverse en una doble trayectoria: es vertical descendente, partiendo de Dios e infundiéndose sobre el hombre («Dios bendice a su pueblo»), o bien es vertical ascendente, donde el movimiento parte desde el hombre beneficiado y tiene a Dios como término («Bendice, alma mía, al Señor»).

Este género literario era bien conocido y usado sobre todo en los Salmos, por ejemplo: «*Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los injustos... Dichosos los que temen al Señor y siguen sus caminos...*» (Sal 1,1; 128,1-2).

El primer tipo, la bendición que desciende de Dios al hombre, es la que comprobamos en la acción litúrgica que realiza el sacerdote en nombre de Dios. Y una señal de la bendición divina en el

pueblo hebreo era, sobre todo, la fecundidad.

María es bendita porque es «constituida» por Dios mismo en su dignidad suprema de Madre del Verbo. Si toda mujer de Israel veía en la bendición del propio cuerpo una señal activa de la gracia operante de Dios, tanto más la Madre del Mesías es la bendita entre las mujeres. La expresión «bendita entre las mujeres» es una locución semítica para indicar un superlativo, «la más bendita, la bendecidísima».

La segunda bendición de Santa Isabel, la atribuida al «fruto del seno» de María, es vertical ascendente, es el reconocimiento orante por parte de Isabel de la grandeza suprema del Hijo que María lleva en su seno, de su divinidad y de su obra salvífica.

Santa Isabel reconoce la «plenitud de gracia» y de salvación obrada por Dios en el personaje que recibe la bienaventuranza, es decir, el gozo, la admiración por la acción de Dios en María. Y además hay que considerar el aspecto de «imitación» que nace de dicha admiración: el «bienaventurado» es un ejemplo de vida para quien lo celebra. De hecho, María es definida la «Creyente» por excelencia, con otras palabras, Aquella que nos ofrece un ejemplo perfecto de fe.

En la Visitación, con María, la madre de la fe, tuvo inicio la fe sobre la tierra. Porque Ella es la madre de la fe, se convirtió también corporalmente en la madre del Mesías. La maternidad de María abarca toda su vida personal, forma un todo con su disponibilidad y con su fe.

El misterio de la Visitación nos recuerda también aquella otra imagen bizantina de María *Odighíttria*, es decir, de aquella que indica el

camino. Ella muestra el camino de la salvación perfecta a través de «la obediencia de la fe», señalando con la mano derecha al Niño que es sostenido por su brazo izquierdo.

¡Cómo no notar, en el encuentro entre la joven María y la ya anciana Isabel, que el protagonista oculto es Jesús! María lo lleva en su seno como en un sagrario y lo ofrece como el mayor don a Zacarías, a su esposa Isabel y también al niño que está creciendo en el seno de ella. «*Apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo*—le dice la madre de Juan Bautista—, *saltó de gozo el niño en mi seno*» (Lc 1, 44). Donde llega María, está presente Jesús. Quien abre su corazón a la Madre, encuentra y acoge al Hijo y se llena de su alegría.

La verdadera devoción mariana nunca ofusca o menoscaba la fe y el amor a Jesucristo, nuestro Salvador, único mediador entre Dios y los hombres. Al contrario, consagrarse a la Virgen es un camino privilegiado, que han recorrido numerosos santos, para seguir más fielmente al Señor. Así pues, consagrémonos a Ella con filial abandono.



Imagen bizantina de María *Odighíttria*



## Un Dios agradecido

**T**enemos un Dios agradecido, eso se puede advertir rápidamente si uno está dispuesto a prestar atención a Sus sutiles marcas en nuestro camino. Cuando hacemos algo por Él, aunque sea pequeño, la respuesta viene de inmediato. Su agradecimiento tiene formas tan sutiles que solo el alma beneficiada lo puede comprender. Son pequeños signos que trascienden lo que de modo regular ocurre en nuestra vida. Ahora bien, si Dios es infinitamente agradecido y premia el amor con más amor, ¡cómo se habrá volcado en su Madre, la Virgen Santísima! Nos lo explica el P. Molina.

«*Bajó con ellos y vino a Nazaret y les obedecía. Su madre conservaba cuidadosamente todas estas cosas en su corazón...*». (Lc 2, 41-52)

Dios es agradecido. Santa María ha dado a Dios algo muy grande: le ha dado a su Hijo. Y se lo ha dado también a la Iglesia. Por eso exclama San Bernardo: «*De tu boca, oh María, está pendiendo nuestra felicidad*».

Y como María fue ayuda adecuada a Cristo, también Dios le responde siendo ayuda adecuada para María: «*Bajó con ellos y vino a Nazaret y estaba totalmente a su servicio*». Jesús tiene la vocación de servir.

Si después se independizó de su casa, fue para el mayor servicio. El amor siempre está sirviendo. Y su Madre, modelo de criatura, iba creciendo... ¿Cómo? Rumiando, aquilatadamente, toda la vida de Cristo. María rumiaba, meditaba día a día la vida de Jesús.

«*Y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia, en dones de Dios, delante de Dios y de los hombres*». María también crecía. Sabía dónde está la fuente del crecimiento: en rumiar las obras de Dios para ir amando más y más a Dios.

«*Aunque Dios ha hecho en el mundo muchas cosas grandes –nos dice San Juan Damasceno–, nada ha*

*fabricado tan excelso como María, tan magnífico como esta Virgen bendita*».

San Tarasio afirma de María que «*es carro de la gloria de Dios*». ¡Carro de la gloria de Dios!

Y San Bernardo, que canta con tanta excelencia a María, dice: «*Veneremos a María porque esta es la voluntad de Dios que quiso que todo lo recibiéramos de María. Esa es, os repito, su voluntad*».

Señora, que me has dado a tal Hijo, dame a mí tan miserable y tan poca cosa, dame esa luz del Evangelio y la fuerza del Espíritu para cumplirlo».

# La salvación de un Rey

Muchos conocerán al legendario rey Alfonso VI por su estrecha relación con una de las figuras más entrañables de la historia medieval, Rodrigo Díaz de Vivar o Cid Campeador, pero pocos conocerán que debió su salvación eterna al Santo Rosario.

Alfonso VI de León, llamado «el Bravo», hijo de Fernando I, rey de León y Castilla, y de Sancha Alfónsez, fue el cuarto de cinco hermanos: Urraca, Sancho, Elvira, Alfonso y García.

No se sabe con certeza su fecha de nacimiento. La *Crónica Najerense* nos dice que vivió 77 años, lo que hace que naciera en torno al 1032.

No son muchos los datos que se tienen acerca de la infancia y adolescencia del futuro monarca; únicamente nos consta por la *Historia Silense* que su hermana, la infanta doña Urraca, lo cuidó con especial predilección desde su más tierna infancia y que lo alimentaba y lo vestía como podía hacer una madre; también se conoce el interés que puso su padre Fernando I en que sus hijos fueran formados e instruidos en las disciplinas humanas de la época que se agrupaban en el *trivium* y *quadrivium*.

A la muerte de su padre (27 de diciembre de 1065), el reino leonés quedó dividido entre los tres hijos varones: Castilla correspondió a Sancho; León a

Alfonso; y Galicia a García. La paz entre los hermanos duró únicamente hasta la muerte de su madre, la reina Sancha (7 de noviembre de 1067). El primogénito Sancho tomaba las armas y el 19 de julio de 1068 derrotaba a Alfonso en la batalla de Llantada (Palencia), pero el vencido pudo refugiarse en León y mantuvo sus dominios. Después de muchas vicisitudes –y fallecido ya su hermano Sancho II–, conquistó los reinos de Castilla y Galicia.

La leyenda cuenta que Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, lo obligó a jurar que no participó en la muerte de su hermano Sancho. Y que Alfonso nunca se lo perdonaría... Pero no existe constancia de este juramento de *Santa Gadea*.

Tras cinco matrimonios legítimos, moría Alfonso VI en 1109 sin descendencia varonil; el único hijo, Sancho, en quien tenía puestas sus ilusiones, había fallecido en el desastre de Uclés un año antes; la sucesión recaería en su hija Urraca.

El Santo Rosario trajo la salvación de Alfonso VI. El rey



llevaba constantemente un gran Rosario en su cinturón para inspirar a otros a rezarlo y honrar a la Santísima Madre, aunque él no lo rezaba.

Un día, después de que se enfermó tanto que se creyó que no viviría mucho más, tuvo una visión. En ella, **estaba siendo juzgado y estaba a punto de ser arrojado al infierno cuando la Santísima Madre intercedió por él.**

San Luis María Grignon de Montfort describió lo que sucedió a continuación. En *El Secreto del Rosario*, escribió:

*«Ella pidió una balanza y puso sus pecados en una de las balanzas, mientras que colocaba el Rosario que él siempre había usado en la otra –junto con todos los Rosarios que se había rezado por su ejemplo–. Se encontró que los Rosarios pesaban más que sus pecados. Mirándolo con gran bondad, Nuestra Señora dijo: “Como recompensa por este pequeño honor que me diste al llevar mi Rosario, he obtenido una gran gracia para ti de mi Hijo. Tu vida se salvará por unos años más. Procura pasar estos años sabiamente y haz penitencia”.*

*Cuando el Rey recobró la conciencia gritó: “¡Bendito sea el Rosario de la Santísima Virgen María por el cual he sido liberado de la condenación eterna!”.*

*Después de que recuperó su salud, pasó el resto de su vida difundiendo la devoción al Santo Rosario y lo rezó fielmente todos los días».*



# San Vicente Ferrer

«ME GOZARÉ DE SER HIJO DE LA VIRGEN MARÍA».



**E**l 5 de abril conmemoramos al célebre sacerdote dominico, misionero apostólico y taumaturgo, que se gloriaba de ser Hijo de la Virgen María.

Vicente Ferrer nació en Valencia el 23 de enero de 1350. Su padre fue el notario Guillermo Ferrer y su madre fue Constanza Miguel. El matrimonio tuvo cinco hijas y tres hijos. Junto a sus devotos padres experimentó el amor a Cristo y a María desde su más tierna infancia. Ellos le incitaron a realizar alguna penitencia todos los viernes en memoria de la Pasión y otro tanto hacía los sábados en honor a la Virgen. Estas prácticas las mantuvo vivas hasta el fin de sus días.

El 2 de febrero de 1367, a los diecisiete años, Vicente ingresó en el convento de los dominicos en Valencia. A los veintiocho años recibió el doctorado en Teología y se dedicó a la enseñanza durante ocho años en las universidades de Valencia, Barcelona y Lérida.

Se ordenó sacerdote el año 1379, a los veintinueve años. Ese mismo año Vicente fue Prior del convento de los dominicos de Valencia. Era entonces una de las personas más influyentes en la ciudad y en todo el Reino de Aragón.

Durante veinte años se dedicó incansablemente a predicar por todas partes. Recorrió España, Alemania, Francia, Bélgica, Holanda, Italia e Inglaterra. Sus predicaciones producían frutos superabundantes y sus virtudes y milagros, como Santo, llenaban de admiración a las muchedumbres que le seguían y oían con religioso entusiasmo.

Tenía que predicar en campos abiertos porque las gentes no cabían en los templos. Su voz sonora, poderosa y llena de agradables

matices y modulaciones, y su pronunciación sumamente cuidadosa, permitían oírle y entenderle a bastante distancia.

Sus sermones duraban casi siempre más de dos horas, pero los oyentes no se cansaban ni se aburrían porque sabía hablar con tal emoción y de temas tan propios que cada uno se sentía particularmente interpelado a vivir el amor a Dios.

Antes de predicar hacía oración durante varias horas. Y la gracia se derramaba a raudales. Las conversiones eran públicas y los penitentes no se avergonzaban de reconocer sus pecados ante la concurrencia. El santo iba acompañado de cantidad de sacerdotes para que confesaran a los penitentes arrepentidos. Después de sus predicaciones lo seguían dos grandes procesiones: una de hombres convertidos, rezando y llorando, alrededor de una imagen de Cristo Crucificado; y otra de mujeres alabando a Dios, alrededor de una imagen de la Santísima Virgen. Estos dos grupos lo acompañaban hasta el próximo pueblo a donde el

santo iba a predicar, y allí le ayudaban a organizar aquella misión y con su buen ejemplo conmovían a los demás.

Vicente fustigaba sin miedo las malas costumbres, que son la causa de tantos males. Invitaba incessantemente a recibir los santos sacramentos de la confesión y de la comunión. Hablaba de la sublimidad de la Santa Misa. Insistía en la grave obligación de cumplir el mandamiento de Santificar las fiestas. Insistía en la gravedad del pecado, en la proximidad de la muerte, en la severidad del Juicio de Dios, y del cielo y del infierno que nos esperan.

Algunos lo denominaron «ángel del Apocalipsis» ya que solía recordar los pasajes del texto evangélico donde se advierte de lo que espera a los impenitentes. Por donde pasaba erradicaba vicios sociales y personales.

Tenía autoridad moral porque su vida era sencilla y austera. Era íntegro, auténtico. Ayunaba, dormía en el suelo, y se trasladaba a pie para ir a las ciudades.

Los milagros acompañaron a San Vicente en toda su predicación. Y uno de ellos era el hacerse entender en otros idiomas, siendo que él solamente hablaba el español, el valenciano y el latín. Era como la repetición del milagro que sucedió en Jerusalén el día de Pentecostés.

Vicente Ferrer tuvo participación decisiva en el fin del Cisma de

Occidente. El año 1414 permanecía abierto el Cisma, hasta el punto de que existían al mismo tiempo tres papas: Juan XXIII, Gregorio XII y Benedicto XIII. Una de sus grandes inquietudes fue restituir la unidad de la Iglesia. Y si primeramente reconoció al sucesor de Pedro en Benedicto XIII, quien se propuso concederle la dignidad episcopal y la cardenalicia, honores que Vicente rechazó, después mostró inequívoco apoyo al pontífice de Roma. Su intervención en el conflicto propició que altos mandatarios europeos, comenzando por los que estaban al frente de la Corona

de Aragón, prestasen fidelidad al legítimo papa. En 1417, un año después de que Vicente culminara su particular campaña, era elegido Martín V y se puso fin al Cisma.

San Vicente Ferrer murió en la ciudad de Vannes (Francia) el 5 de abril de 1419, Miércoles de Ceniza, a la edad de sesentainueve años. Fue canonizado por Calixto III el 3 de junio de 1455.

En todos sus sermones, invocaba a María: «Para que nuestro sermón sea en alabanza y reverencia de Dios, saludemos a la Virgen María: Ave María».

### **De la Virgen nos habla la Biblia.**

«La Virgen María, está místicamente contenida, directa o indirectamente, en todos los libros de la Escritura; en todos los cánticos, en cada uno de los versículos».

**Río de gracias es María.** Explicando las palabras del Salmo 45:

«El ímpetu del río, porque todo el río de las gracias divinas se derramó sobre Ella en la santificación. En la de los otros santos se infunde una gota de la gracia; pero en la Virgen, el ímpetu del río».



LLAMADA A  
VIVIR EL TERCER  
MANDAMIENTO:

# Guardar los días de precepto

«**S**eis días trabajarás y harás tus obras, pero el séptimo día es día de descanso, consagrado a Yahvé, tu Dios, y no harás en él trabajo alguno, pues en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos se contiene, y el séptimo descansó». (Ex 20, 9-11)

Continuando con la meditación de los diez mandamientos que Nuestra Señora vino a recordarnos, la Hna. Lucía nos explica que en el texto sagrado leemos que Dios nos prescribió un día de descanso para el séptimo día de la semana. Es un día que se debe consagrar a Dios en recuerdo y acción de gracias por la obra de la creación.

En el Antiguo Testamento, el día de la semana reservado para el descanso consagrado al Señor era el sábado. La Iglesia, autorizada por Dios, sustituyó el sábado por el domingo para conmemorar juntamente con la obra de la creación, la obra de la redención efectuada por Cristo, nuestro Salvador, que resucitó en un domingo.

Fijando bien nuestra atención en las palabras que Dios emplea para prescribirnos este mandamiento, leemos que nos dice: «**Seis días trabajarás y harás tus obras, pero el séptimo día es día de descanso, consagrado a Yahvé, tu Dios**».

Luego el domingo no es solo un día para el descanso físico, con la abstención de trabajos serviles, sino sobre todo es un día para ser «consagrado a Yahvé tu Dios»: un día de oración, para encontrarnos con Dios, para agradecerle los beneficios que nos ha hecho, cantar nuestras alabanzas por su Ser inmenso, por sus dones infinitos de los que nos hizo participantes y pedir su auxilio en nuestras necesidades.

En cumplimiento de estos deberes para con Dios, la Iglesia nos mandó «oír Misa entera los domingos y fiestas de guardar». Y no debemos limitarnos a asistir a la Eucaristía como meros espectadores. No es solo el sacerdote quien celebra la Eucaristía: él preside y consagra en nombre de Cristo, pero todos los fieles que participan viven y celebran con el sacerdote el único sacrificio de Cristo. Por eso debemos estar preparados y atentos para rezar con el sacerdote y, como el sacerdote, aproximarnos a la mesa del altar para recibir la sagrada comunión.

Esta preparación requiere de nuestra parte tener la conciencia limpia de pecado grave, es decir, estar en gracia de Dios, porque si estamos

en pecado grave debemos confesarnos antes para poder comulgar.

La celebración de la Eucaristía no es una simple ceremonia a la que asistimos; es un acontecimiento real, en el que nos encontramos con Dios vivo en la persona de su Hijo, de quien celebramos la renovación de la pasión, muerte y resurrección y comulgamos su cuerpo y sangre como el mismo nos dijo: «Esto es mi Cuerpo, que es entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía» (Lc. 22, 19).

Si nuestra observancia del precepto dominical se limita solamente a no trabajar, no podemos decir con conciencia tranquila que cumplimos el mandamiento de Dios, porque nos faltaría la parte de la consagración del día al Señor.

Dios no nos creó simples seres materiales, también tenemos un ser espiritual que nos hace semejantes a Dios. Por eso, la parte espiritual tiene que acompañar y santificar al descanso físico, corporal.

De igual modo, aquellos que se sirven de este día solo para tener distracciones, pasatiempos y diversiones, sobre todo si son pecaminosas, convierten el día que debe ser consagrado al Señor en un día de pecado, que ofende a Dios y pierde a las almas, que fue uno de los motivos por los que Nuestra Señora aparecía tan triste ante los pastorcitos y constituye una parte esencial del “Mensaje”: “No ofendan más a Dios, Nuestro Señor, que ya está muy ofendido”.

Si pasamos nuestro domingo solo en descanso físico y distracciones, ¿podremos decir que cumplimos nuestra misión sacerdotal junto a aquellos que el Señor nos confió? ¿No habremos faltado al buen ejemplo que debemos dar a los que nos observan? No olvidemos que el apostolado del buen ejemplo es superior al de la palabra. Como dice el refrán popular «las palabras mueven, pero el ejemplo arrastra». Esto quiere decir que nuestra vida cristiana debe ser coherente con nuestras palabras. Todos nosotros tenemos responsabilidades por el

bien del prójimo y por la salvación de sus almas. Por nuestras actitudes para con ellos, por nuestras palabras, acciones y oraciones debemos ayudarnos mutuamente a andar y a perseverar en el camino de la fe, la esperanza y la caridad. Si no lo hacemos así, ¿cómo consagramos al Señor nuestro domingo?

También vemos que uno de los deseos de Nuestra Señora en Fátima fue que se le construyera una capilla donde las personas pudieran ir a rezar. La Iglesia es la casa de Dios. Es el lugar donde podemos encontrarnos con Él, reunirnos como hermanos, meditar la Palabra. Ésta es la puerta de la salvación que Dios nos abrió y el camino por donde debemos ir hasta Él: Cristo en su Iglesia. Somos miembros de la Iglesia de Cristo, formamos parte de la asamblea de Cristo y vivimos unidos en Cristo para ser salvados por Él. Es el domingo, es el día destinado por Dios para reunirse en asamblea los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, que forman su Iglesia.



# Apostóles de Santa María (IV)

## EL APOSTOLADO ES NECESARIO

**E**l mandamiento de Cristo nos prescribe el amar al prójimo como a nosotros mismos. Ahora bien, el primer beneficio que hemos de procurar para nosotros mismos es el de la salvación del alma; para asegurarnos este bien debemos, si preciso fuera, sacrificar todo otro bien, la mano, el pie, el ojo, la misma vida. Amar al prójimo como a sí mismo es, pues, ante todo, procurarle la vida eterna, y ésta es la misión propia del apóstol.

Mas como hijos privilegiados de María y consagrados a ella, tenemos una obligación apostólica aparte. Para darnos cuenta de ello, es menester que comprendamos la misión apostólica de María en el mundo. Lo hemos visto en el número anterior, la función de María como Madre espiritual, distribuidora de las gracias y Reina. También como Corredentora.

### El apostolado de María

Después de Cristo y por Cristo, María es el verdadero apóstol. Todos los demás hombres que llevan este título son simplemente sus subalternos, sus instrumentos. Se den cuenta de ello o no, no hacen más que llevar a cabo la obra confiada por Dios en primer lugar a María; ejecutan dentro de su pequeña esfera de acción y durante un período de tiempo limitado la misión que a María le encargaron ejecutar en todos los tiempos y en todos los lugares. Son los oficiales o los soldados que combaten en el ejército de Cristo cuyo generalísimo es la Virgen.

La Escritura y la Tradición nos enseñan esta misión de María. Desde los orígenes de la humanidad sabemos por boca de Dios que la mujer *aplastará la cabeza de la serpiente*. Aplastar su cabeza



es arrebatarle las almas, a las que quiere arrastrar a su reino a fin de llevarlas a Cristo y al Padre.

En el **Nuevo Testamento** vemos a la Virgen realizar actos que son esencialmente actos apostólicos: en Nazaret, aceptando la misión de darnos un Salvador; en la morada de Zacarías, santificando al Precursor; en Belén, presentando Jesús a los judíos en la persona de los pastores, y a los paganos en la de los Magos; en el Templo de Jerusalén, donde ella le ofrece al Padre con miras a su misión y se oye anunciar por boca de Simeón la parte dolorosa que



está llamada a tomar en esta misión; en Caná, donde por su intervención fortalece la fe de los primeros discípulos; en el Calvario, donde en unión con Jesús redime al mundo; en el Cenáculo, donde reza con y por los apóstoles a fin de alcanzar para ellos el Espíritu que ha de hacer de ellos los conquistadores del mundo.

La **Tradición** nos la muestra igualmente desempeñando esta misión apostólica, a la par desde el punto de vista de la doctrina y desde el punto de vista de la vida. La historia de la creencia ortodoxa justifica la antífona que la Iglesia canta a la Virgen: “Regocíjate, Virgen María; tú sola anodaste todas las herejías en todo el universo”.

A lo largo de la historia Ella ha suscitado órdenes para luchar en pro de la moral y la doctrina cristiana y para volver a los pueblos a la pureza de vida. Incluso órdenes religiosas cuya misión es predicar sus grandezas a fin de ayudarla a volver las almas a Cristo: los Servitas, la Compañía de María, los Claretianos, la Milicia de la Inmaculada, etc.

La misma Virgen María se ha aparecido para transmitir a los hombres sus consignas apostólicas: las apariciones de la Virgen en Guadalupe (1531), en la Rue du Bac en París (1830), en la Salette (1846), en Lourdes (1858), en Pontmain (1871), en Fátima (1917), y otras, para no mencionar más que aquellas acerca de las cuales se ha pronunciado la Iglesia.

Todos los papas desde Pío IX (León XIII, San Pío X, Benedicto XV, Pío XI, Pío XII, San Pablo VI, San Juan Pablo II, Benedicto XVI), han proclamado esta misión de María y han recurrido a Ella como su única esperanza en las calamidades de su época.

### La evangelización

El apostolado que atrae a la fe o a una mayor entrega a Dios nace del convencimiento de poseer la Verdad y el Amor, la verdad salvadora, el único amor que colma las ansias del corazón, siempre insatisfecho.

Cuando se pierde ese convencimiento no se encuentra sentido a la difusión de la fe. Se llega a pensar que no se puede ni debe influir. También pierde sentido el llevar la doctrina de Cristo a territorios de misión; en todo caso, ésta se convierte en una mera acción social de promoción de los pueblos, olvidando el tesoro más rico que se les podría dar: la fe.

La vibración apostólica del cristiano que es consciente del tesoro recibido no es fanatismo: es amor a la verdad, manifestación de fe viva, coherencia entre el pensamiento y la vida. No se trata de atraer a las almas con engaños o violencia, sino el esfuerzo apostólico por dar a conocer a Cristo y su llamada a todo hombre, querer que las almas conozcan la riqueza que Dios ha revelado y se salven. La evangelización es una de las tareas más nobles que el Señor nos ha encomendado.

*«Destruid este templo y en tres días lo levantaré.  
Él hablaba del templo de su cuerpo».  
(Jn 2, 19)*



Jesús sube a Jerusalén para celebrar la Pascua. Lleno de indignación acaba de expulsar a los mercaderes del recinto sagrado. Las autoridades preguntan con aspereza al Señor: «¿Qué señal nos muestras para hacer esto?». A lo que el Salvador con serena dignidad responde: «*Destruid este templo y en tres días lo reedificaré*». Esta respuesta solo será comprendida después de su muerte.

Jesús toma la señal de la destrucción del santuario como signo de lo que hace, pero se expresa en términos velados y enigmáticos por lo que las autoridades que lo interrogan no alcanzan a penetrar su verdadero sentido. Ellos lo interpretan a la letra, como si Jesús se refiriese al templo material, pero Jesús se refería al templo de su cuerpo. Su cuerpo era santuario vivo de la divinidad. La muerte lo destruyó en el calvario; pero al tercer día fue reedificado por la resurrección. Este método pedagógico velado lo utilizaba Jesús cuando encontraba un auditorio mal dispuesto a escuchar Su verdad. Tampoco sus discípulos lo comprendieron entonces, solo lo comprendieron después de la muerte y resurrección del Señor. Fue a la luz de los acontecimientos del Gólgota y sobre todo al gozar de las apariciones personales del Divino Resucitado, que se acordaron de aquellas palabras que habían despertado su atención y admiraron su perfecto cumplimiento. Esta afirmación desfigurada se alegará de Cristo como blasfemia en el proceso de su muerte y como sarcasmo de impostura en el Gólgota.

La hora del templo de piedra, la hora de los sacrificios de animales, había quedado superada: el Señor expulsa a los

mercaderes no solo para impedir un abuso, sino también para indicar el nuevo modo de actuar de Dios. Se forma el nuevo templo: Jesucristo mismo, en el que el amor de Dios se derrama sobre los hombres. Él, en su vida, es el templo nuevo y vivo. Él, que pasó por la cruz y resucitó, es el espacio vivo de espíritu y vida, en el que se realiza la adoración correcta. Mediante su misterio pascual Jesús ha sustituido el templo de la Antigua Alianza por su Cuerpo, que es templo vivo y digno de la Santísima Trinidad, el cual, ofrecido en sacrificio por la salvación del mundo, sustituye y anula todos los sacrificios de «bueyes, ovejas y palomas» que se ofrecían en el templo de Jerusalén y que, por lo mismo, ya no tienen razón de ser.

El Espíritu Santo comenzó a construir este nuevo Templo en el seno de la Virgen María. Por su intercesión materna, cada cristiano queda constituido en piedra viva de este edificio espiritual. Jesús es el nuevo templo, morada definitiva de Dios entre los hombres. En Cristo, somos llamados a ofrecer un culto auténtico, vital, en espíritu y verdad, y a presentar nuestros cuerpos como templos del Dios vivo, sabiendo renunciar a las obras del mal. Cada vez que nosotros pecamos, estamos

profanando ese templo donde habita el Señor. Por eso la Iglesia, nos llama a la conversión, a quitar de nuestra vida todo aquello que «mancha» ese templo o lo profana, todo aquello que lo desvirtúa. No es Jesús quien destruye el templo; el templo es abandonado a su destrucción por la actitud de aquellos que, de lugar de encuentro con Dios, lo transforman por el pecado en «cueva de ladrones», en lugar de negocios fraudulentos. El pecado es el que destruye el templo de Dios privando al alma de la gracia y de la amistad con Dios.

Es necesario que nuestra propia alma sea una morada digna del Señor, desde la que se eleven hasta Él nuestros sacrificios. Un lugar de encuentro personal con nuestro Padre. Para esto nos será de gran ayuda intensificar nuestro amor y devoción a la Santísima Virgen, Templo del Espíritu Santo y Morada del Altísimo. María conservó de una manera tan pura e inmaculada su alma, que Dios puso en Ella su morada para que el Hijo de Dios se hiciera carne de su carne. Nuestra devoción a María nos ayudará a ir purificando nuestro corazón de todo aquello que es obstáculo para el Señor. Y Ella misma se encargará de llevarnos al Encuentro con su Hijo.

## La gloria de la Trinidad en la Resurrección



.....

**E**n la catequesis del 10 de mayo del año 2000, San Juan Pablo II hacía referencia a la presencia Trinitaria en la gloria de la Resurrección de Jesús.

El itinerario de la vida de Cristo no culmina en la oscuridad de la tumba, sino en el cielo luminoso de la resurrección. En este misterio se funda la fe cristiana (cf. *1 Co* 15, 1-20), como nos recuerda el *Catecismo de la Iglesia católica*: «La resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, creída y vivida por la primera comunidad cristiana como verdad central, transmitida como fundamental por la Tradición, establecida en los documentos del Nuevo Testamento, predicada como parte esencial del misterio pascual al mismo tiempo que la cruz» (n. 638).

.....

Afirmaba un escritor místico español del siglo XVI: «En Dios se descubren nuevos mares cuanto más se navega» (fray Luis de León). Queremos navegar ahora en la inmensidad del misterio hacia la luz de la presencia trinitaria en los acontecimientos pascuales. Es una presencia que se dilata durante los cincuenta días de Pascua.

Los evangelios nos ofrecen la presencia nueva y diferente de Cristo resucitado en medio de sus discípulos. Precisamente esta novedad es la que subraya la aparición que tiene lugar en una Jerusalén aún sumergida en la luz tenue del alba:

una mujer, María Magdalena, y un hombre se encuentran en una zona de sepulcros. En un primer momento, la mujer no reconoce al hombre que se le ha acercado; sin embargo, es el mismo Jesús de Nazaret a quien había escuchado y que había transformado su vida.

Para reconocerlo es necesaria otra vía de conocimiento diversa de la razón y los sentidos. Es el camino de la fe, que se abre cuando ella oye que le llaman por su nombre (cf. *Jn* 20, 11-18).

Fijemos nuestra atención, dentro de esta escena, en las palabras del Resucitado. Él declara: «Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios» (*Jn* 20, 17). Aparece, pues, el Padre celestial, con respecto al cual Cristo, con la expresión “mi Padre”, subraya un vínculo especial y único, distinto del que existe entre el Padre y los discípulos: “vuestro Padre”.

La segunda escena nos lleva de Jerusalén a la región septentrional de Galilea, a un monte. Allí Cristo Resucitado se revela a los Apóstoles (cf. *Mt* 28, 16-20). Se trata de un solemne acontecimiento de revelación, reconocimiento y misión. En la plenitud de sus poderes salvíficos, confiere a la Iglesia el mandato de anunciar el Evangelio, bautizar y enseñar a vivir según sus mandamientos. La Trinidad emerge en esas palabras esenciales que resuenan también en la fórmula del bautismo cristiano, tal como lo administrará la Iglesia: «Bautizad (a todas las gentes) en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (*Mt* 28, 19).

Un antiguo escritor cristiano, Teodoro de Mopsuestia (siglo

IV-V), comenta: «La expresión *en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo* indica quién da los bienes del bautismo: el nuevo nacimiento, la renovación, la inmortalidad, la incorruptibilidad, la impasibilidad, la inmutabilidad, la liberación de la muerte, de la esclavitud y de todos los males, el gozo de la libertad y la participación en los bienes futuros y sublimes. ¡Por eso somos bautizados! Se invoca, por tanto, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo para que conozcas la fuente de los bienes del bautismo» (*Homilía II sobre el bautismo*, 17).

Llegamos, así, a la tercera escena que nos remonta al tiempo en que Jesús caminaba todavía por las calles de Tierra Santa, hablando y actuando. Durante la solemnidad judía otoñal de las Tiendas, proclama: «Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que crea en mí, como dice la Escritura: “*De su seno manarán ríos de agua viva*”» (*Jn* 7, 38). El evangelista san Juan interpreta estas palabras precisamente a la luz de la Pascua de gloria y del don del Espíritu Santo: «Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado» (*Jn* 7, 39).

Vendrá la glorificación de la Pascua, y con ella también el don del Espíritu en Pentecostés, que Jesús anticipará a sus Apóstoles al atardecer del mismo día de su resurrección. Apareciéndose en el Cenáculo, soplará sobre ellos y les dirá: «Recibid el Espíritu Santo» (*Jn* 20, 22).

Así pues, el Padre y el Espíritu están unidos al Hijo en la hora suprema de la redención. Esto es lo que afirma san Pablo en una página muy luminosa de la carta a los Romanos, en la que evoca a la Trinidad: «Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros» (*Rm* 8, 11).

El Apóstol indica en esta misma carta la condición para que se cumpla dicha promesa: «Porque, si confieras con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo» (*Rm* 10, 9).

A la naturaleza trinitaria del acontecimiento pascual, corresponde el aspecto trinitario de la profesión de fe. En efecto, «nadie puede decir: “¡Jesús es Señor!”, si no es bajo la acción del Espíritu Santo» (*I Co* 12, 3), y quien lo dice, lo dice «para gloria de Dios Padre» (*Flp* 2, 11).

Acojamos, pues, la fe pascual y la alegría que deriva de ella recordando un canto de la Iglesia de Oriente para la Vigilia pascual: «Todas las cosas son iluminadas por tu resurrección, oh Señor, y el paraíso ha vuelto a abrirse. Toda la creación te bendice y diariamente te ofrece un himno. Glorifico el poder del Padre y del Hijo, alabo la autoridad del Espíritu Santo, Divinidad indivisa, increada, Trinidad consustancial que reina por los siglos de los siglos» (*Canon pascual de san Juan Damasceno*, Sábado santo, tercer tono).

“María es imprescindible en el plan de Dios”. (Madre M<sup>a</sup> Teresa De Simone)



01-02) Celebración del Primer Sábado de Mes en la Sede de La Floresta en Caracas (Venezuela). 03) ¡Viva María! Recorriendo las calles del barrio periférico de Coche en Caracas (Venezuela). 04-05) Jornada de Evangelización Mariana en la Floresta (Caracas): En marzo salimos a la calle, con la imagen de Nuestra Señora, y empezamos a recorrerlas con el fin de acercar a María a tantos corazones necesitados. Muchas personas recibieron el consuelo, alivio y amor maternal de la Madre del cielo. 06) De la mano de María, ¡conocer mi vocación! En Arequipa tuvimos una jornada vocacional con la presencia de un nutrido grupo de jóvenes. Que la Virgen Madre las guíe para descubrir lo que Dios quiere de ellas. 07) Celebración del Primer Sábado de Mes en la Parroquia Nuestra Señora del Carmen en Central Tacarigua (Venezuela). 08) Primeras Comuniones en la Vicaría de Coche (Caracas).

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

**Conecta con nosotros**

info@reinadodemaria.org |  
www.reinadodemaria.org

